

MIGUEL ETCHEBARNE

EL OTRO RUMBO

El otro rumbo lo señala el paso
del viento por arriba de la casa,
ese lento gemir de pluma y gasa,
ese ligero y suave latigazo,
ahora que sólo tengo cielo raso
para moverle nubes de argamasa.

Siento el perfume de antes confundido
con el tibio y cercano del presente
en la pieza borrosa, en el ambiente
hay un temblor de brote renacido
y aparece en el fondo del olvido
la llanura verdeando largamente.

Siempre será el verano el que la arrime
como oloroso mar que desbordara
cuando el durazno criollo se azucara
en la cáscara gruesa que lo oprime
y basta que un cuervillo la lastime
para que brille la laguna clara.

Cuando salta, silbando jubilosa,
la calandria en la lija de la higuera
y la ratona alegre se entrevera
con la triste glicina neblinosa
y se enrojece con la mariposa
una plegada pausa volandera.

Y con zumbido arisco la saeta
el mangangá realiza sus trabajos
en bruscos y vibrantes altibajos
sobre el soleado olor de la glorieta,
donde labra su rosa la corneta
entre el verdor jugoso de los gajos.

Eso llega en el aire o eso parte
del corazón al aire, según venga
o vaya, y aunque el cuerpo no lo tenga

la devoción del alma lo comparte,
mas como el infinito queda aparte
del mundo sin que nada lo sostenga.

INVENTARIO DE UN PAISAJE

Miro acabarse este día
en un ocaso que enfría
el verde en sus amarillos.

Se apagan en los membrillos
redondos bronce triunfales
y están los cañaverales
chaireando apenas sus dagas.

Hundido entre tintas vagas
pinta -atrasado- un manzano
el bermellón del verano
en una fruta de cera.

Una paloma montonera
arrulla sentimental.

El viento agita el cardal
bajo el clamor de unos teros
y llega de los potreros
olor a yuyo y laguna.

En forma de media luna
un tajo lastima el cielo.

Lima, con cauto recelo,
un grillo en las cina-cinas
y, crespos, los carolinas
se cargan de renegridos.

Ronda, con cortos volidos,
un mangangá, retozón
y -plata y vista- un halcón
se hunde en las copas inquietas
con flecos de tijeretas
que le entorpecen las alas.

En salto y canto hace escalas,

ladeando el cuello intranquilo
una calandria.

En el filo
de un caprichoso deseo,
estalla en un benteveo
la calma partida a gritos.

Duermen los sauces marchitos,
pero en la atmósfera leve
andan -de blanco y de breve
volando a tontas y a locas-
mil mariposas de isocas
en traje de primavera.

En un limpión que se estera
con paja que lo entreteje,
entre torciones de fleje
se va oxidando un chamico,
partido de sed el pico
reseco de las espigas,
y sobre la hierba en ruinas
del borde de la arboleda,
tira, moneda a moneda,
un guindo de oro el follaje.

Hacia el pampero, el paisaje
entre violáceos contornos,
muestra miniados adornos
de gris y melancolía.

Y la ancha casa vacía,
envuelta en niebla otoñal,
recibe en pecho de cal
la roja muerte del día.